

Todo lo que la IA hace por mí.
(Y todo lo que no puede hacer, pero yo sí).



Cada mañana, al preparar mis clases, surge el desafío de atender las diversas necesidades de los estudiantes: algunos avanzan rápido en la lectura, otros necesitan más apoyo, y algunos enfrentan distintas barreras para aprender. No hace mucho tiempo pasaba horas revisando materiales y pensando en ajustes para organizar actividades que se adapten a cada uno. Pero, hoy, con la ayuda de las aplicaciones que usan inteligencia artificial, la tarea de planificar es más rápida y sencilla, y el tiempo que me queda lo uso para ser más creativa: puedo probar muchas más ideas, crear materiales más interesantes y diseñar las actividades tal como las imagino. ¡Tengo ayuda todo el día, todos los días!

Entonces, me preparo un café, y me siento en la mesa de la cocina con mi notebook. Abro mi planificación y al mismo tiempo me conecto. La IA es una gran ayuda, analiza los datos previos y me sugiere actividades específicas para cada estudiante, haciendo que mi trabajo sea más efectivo. Entablamos una conversación fluida, es un ida y vuelta enriquecedor, y el producto final es mejor de lo que esperaba. ¡Menos mal que la IA me entiende! Parece que me conoce...

Sin embargo, no todo es perfecto. Ayer, al corregir algunos trabajos, la aplicación calificó a Miguel con un diez. ¡Puntuación perfecta! Pero...lamentablemente se notaba que no era original. La inteligencia artificial no detectó el plagio; yo sí - algo que cualquier docente que conoce bien a sus estudiantes puede reconocer. ¡Miguelito no escribe así, esas tampoco son sus ideas! Esto me recuerda que la tecnología no reemplaza el criterio profesional, la experiencia, la intuición construida tras años de trabajo en el aula, la empatía para leer gestos y silencios, ni la capacidad de motivar y generar confianza en un estudiante. Todo eso sigue siendo irremplazable y debe complementarse con la herramienta tecnológica, no sustituirse.

También está la cuestión de la privacidad. La inteligencia artificial trabaja detectando patrones a partir de mucha información sobre lo que hacen los alumnos en las plataformas digitales: sus respuestas, sus tiempos, sus errores... Esa información puede ser muy útil para mejorar el aprendizaje, pero es fundamental proteger la privacidad de los estudiantes y sus familias.

En las reuniones con colegas y directivos, la preocupación sobre la equidad siempre está presente. La IA puede ser una aliada para cerrar brechas, apoyando a quienes necesitan más ayuda o adaptándose a la diversidad cultural y lingüística que hay en la comunidad. Pero

también puede ser peligrosa si se basa solo en datos históricos que reflejan prejuicios o desigualdades. Por ejemplo, si un sistema recomienda menos recursos para ciertos alumnos sin considerar toda su realidad, eso sería injusto y dañino. Por eso, en la escuela la inteligencia artificial debe estar siempre “con humanos en el circuito”. No debe ser una caja negra que hace todo sola, sino una herramienta que ofrece información, opciones y hasta soluciones, pero que siempre debe ser interpretada, supervisada y corregida por personas. Por eso, es clave que haya transparencia: entender cómo funciona la IA, qué datos usa, qué tan confiables son sus recomendaciones. Y que, si algo no parece justo o correcto, se pueda cuestionar y mejorar.

Para que esta tecnología realmente ayude a todos, hacen falta políticas claras que protejan la privacidad, aseguren la justicia y que involucren a docentes, estudiantes y familias en su desarrollo y uso.

Hoy, la inteligencia artificial no reemplaza el trabajo ni la mirada del docente, pero abre nuevas puertas para apoyar mejor a cada estudiante. Si seguimos aprendiendo y dialogando juntos, podremos construir una educación en la que la tecnología sea una aliada y las personas sigan siendo las protagonistas.

Sandra Sturla